

Gente Que Pasa

Por MARINO GOMEZ-SANTOS



UNICA EN ESPAÑA

Vico Caballero, abogado e hijo del actor Antonio Vico, es un hombre joven a quien de niño le compraron un álbum de autógrafos para que los amigos de su padre lo llenaran con dibujos o con frases más o menos ingeniosas. Un día, Vico Caballero, se encontró con que era mayor y que aquellas páginas se iniciaban con un dibujo de Mariano Benlliure, al que seguían otros de pintores y dibujantes conocidos. Entonces pensó que era realmente interesante coleccionar obras de arte; pero como no tenía dinero para comprarlas, optó por limitarse a comprar dibujos, que siempre eran más baratos que óleos.

—Con mi mujer —que entonces era mi novia— recorrí las tiendas de anticuarios de Madrid, Pediamos las carpetas de dibujos y nos pasábamos las tardes revolviendo, hasta que encontrábamos algo.

—¿Cuál era tu procedimiento si no podías gastar cantidades importantes de dinero?

—Si se quiere conseguir una buena pieza, que está a la vista, hay que interesarse en seguida por tres o cuatro dibujos que se sabe positivamente que no tienen valor y comprarlos, incluyendo la obra buena; pero sin darle importancia. Así he llegado a comprar un dibujo de Tiépolo en 17 pesetas. Para ser coleccionista de dibujos, solamente hace falta

afición, tiempo y habilidad para el trato.

Vico Caballero, que comenzó su colección de dibujos en 1948, ha conseguido reunir más de mil obras, entre dibujos, grabados, litografías y aguafuertes. Tiene colgadas obras de Picasso, Solana, Nonell, Vázquez Díaz, Tiépolo, Miró, Rosales, Antonio Quirós, Mengs, Ramón Casas, Zabaleta, Clavé, Domingo Marqués, Pancho Cossio, Palencia, José Caballero, Juan Barba. De los ilustradores puede decirse que están todos, desde Paco Sancha, Bartolozzi, Penagos, Esplandiú y Goñi, hasta Xaudaró y el genial Mingote.

—En España hace falta un Museo del Dibujo, que no existe. Se le da poca importancia al dibujo y no me explico la razón, cuando es la primera cualidad que tiene que tener un artista para poder llegar a ser pintor.

—¿Existen en España muchos coleccionistas de dibujos?

—En Barcelona hay un coleccionista particular y una colección magnífica en el restaurante El Canario de la Garriga.

—¿Todos los dibujos son adquiridos por ti, o alguno te han regalado?

—Al ir adquiriendo importancia la colección, muchos artistas han tenido la generosidad de regalarme algunos.

La colección de Vico Caballero parece que es única en España.

LA VUELTA AL MUNDO A LOS OCHENTA AÑOS



En Madrid hay dos o tres personas que saben vivir muy bien, porque han tenido afición y lo han practicado desde niños con un tesón realmente admirable. Uno de ellos es Sebastián Miranda, que lleva perfeccionándose en ese difícil arte unos ochenta años. Vivía bien cuando no tenía dinero y era feliz ya entonces, porque le gustaba la vida sobre todas las cosas y tenía esperanza.

Del mismo modo que ahora cruza Madrid de extremo a extremo en su automóvil, para elegir los mejores lenguajes que hayan entrado en el mercado procedentes de La Coruña, Sebastián ha elegido siempre sus amigos: Belmonte, Julio Antonio, Solana, Zuloaga, Camba, Marañón, Pérez de Ayala, Azorín, Baroja, Ortega y Gasset, el doctor Hernando...

Su casa está entre las seis más bonitas de Madrid, por que para eso se ha pasado la vida cultivando la amistad con un buen hombre andaluz que era propietario de una reja sevillana, o de una puerta tallada, o con un anticuario que tenía una pieza o un cuadro, que se resistía a vender, y que al cabo del tiempo acababa vendiéndolo en la cantidad en que Sebastián quería.

La ternura de Sebastián Miranda está en sus esculturas de niños gitanos y en el trato que con ellos tiene para que le sirvan de modelo. Su gracia y personalidad de artista no tienen par en los retratos que ha hecho de sus amigos: Cossio, Domingo Ortega, Baroja, Villabragima, Belmonte...

Ahora, a sus ochenta años, acaba de regresar de un viaje alrededor del mundo.

—Salí de Madrid con un grupo de médicos que iban al Japón, para asistir a un Congreso de Gastroenterología. Pasamos por Italia, Grecia, Líbano... En Beirut asistí a la boda más fastuosa del siglo. Luego estuvimos en Jerusalén, en la India, Tailandia, Hong-Kong, Japón... Aquí, a la salida de un cine, me cogió el tifón que ha ocasionado tantos muertos. Menos mal que en ese preciso momento se detenía un taxi y el viajero que lo dejaba fué tan amable de protegerme con su paraguas, porque el agua caía en tromba. Al llegar al hotel reparé en que tenía una gran marquesina y esto fué mi salvación. Del Japón volvimos por Alaska y Copenhague. El viaje fué en avión, con una compañía de doctores muy amables y simpáticos: Gardeazabal, Arrese, Jimena, Vara López, José de Portugal, enviado especial de «Tribuna Médica», y con Goti. Los hoteles, magníficos; pero las comidas, pésimas.

—¿Vuelve usted cansado?

—¡Nada de eso, hombre!... Si a Romanones le llamaban el Padre Eterno, a mí hay que llamarme el Tío Eterno, porque ya no me parte un rayo.

La vuelta al mundo a los ochenta años realmente no es una excursión a la sierra.

PUEBLO, 28 SEPT. 1966